

Se trata de una obra muy bien estructurada, escrita con una finalidad docente, de la que hay que destacar su claridad expositiva y su planeamiento pedagógico y didáctico, para lo que se emplean cuadros sinópticos que resumen visualmente los principales aspectos considerados, lo que contribuye a la comprensión de las cuestiones planteadas. A lo largo del texto, la autora va aportando algunas herramientas y guías para recoger información sobre el funcionamiento de las organizaciones y de los agentes que las integran, así como sobre su actuación.

El libro en su conjunto constituye una importante aportación para los estudiantes de ciencias sociales, en particular para los que cursan Ciencias del Trabajo y Relaciones Laborales, así como para los profesionales de gestión de las organizaciones.

CARLOS GÓMEZ BAHILLO

Iconologías

Michel Maffesoli

Editorial Península, Barcelona,
2009. Primera edición.

Los textos de Michel Maffesoli vienen despertando en la comunidad sociológica sentimientos encontrados. Para algunos, Maffesoli es una especie de *enfant terrible* del canon sociológico, provengan de donde provengan quienes se acoplan a dicho canon. Así, el profesor de La Sorbonne ha sido criticado —algunos dicen que hasta

perseguido— por su visión de la sociedad, por su escaso encaje en los parámetros del manual, por su análisis heterodoxo o por su postura iconoclasta. La izquierda académica sociológica no le ha perdonado nunca su irredento tratamiento de las grandes proposiciones: «(...) y es que en la opinión intelectual moderna prevalece el espíritu de seriedad. Ese *profundismo* cuyos prejuicios puso de manifiesto el mediterráneo Paul Valéry. En pocas palabras, ese miedo a la vida, ese desprecio por *este mundo* en nombre de hipotéticos paraísos futuros, ya sean religiosos o políticos» [las cursivas son suyas]. Maffesoli tiene munición para el *establishment*. ¡Y de qué calibre! Veán, si no, este ejemplo que recoge en *Cool*, uno de los pequeños ensayos de que se compone el libro: «En el mismo orden de ideas, podría recordar la siguiente expresión cuyo análisis se encuentra en la *Suma teológica* (cuestión 49) de santo Tomás de Aquino: *habitus*. Recientemente, la sociología se apoderó de ella y, a su manera al mismo tiempo grosera y pedante, la convirtió en uno de los más indigestos conceptos».

Maffesoli expone en *Iconologías* el material de que está formada nuestra psique social (permítanme este, para algunos, aparente oxímoron). Los microensayos que contiene esta recopilación, que nos ofrece la excelente traducción de Jordi Terré, van y vienen una y otra vez de la emoción y la pasión de vivir a los objetos que dejan de ser materiales para ser ahora sociales y en los que podemos desplegar lo que aún nos queda del hedonismo con-

finado en esa estructura de dominación que es el orden social. No es casual que el texto lleve como subtítulo *Nuestras idolatrías postmodernas*. ¿Y por qué ha de ser necesariamente negativo contar con ciertas idolatrías?, parece preguntarse el profesor Maffesoli. No sólo no son accesorias, sino que precisamente a través de ellas podemos acercarnos al olvidado sentido y sensibilidad de las emociones, a una vida intensa, a vivir intensamente la vida lejos de la tediosa secuencia de los acontecimientos cotidianos. Por eso la búsqueda de los afectos y las pasiones también forma parte de la cotidianeidad que tan bien refleja en sus textos Maffesoli, como en *El crisol de las apariencias: para una ética de la estética*.

En toda la obra de Maffesoli está siempre presente, en forma de permanente búsqueda y explicación, qué es lo que une a la sociedad o, por utilizar un término ya clásico, cuál es el cemento social que permite sedimentar la metáfora geológica de clases, capas e individuos. En la más actualizada tradición durkheimiana, nos propone en otro de sus minitextos, *Brasilomanía*, y a propósito del mestizaje («paradigma en acto de una nueva civilización»), un concepto como solución a la fragmentación que caracteriza la posmodernidad: *religancia*. Como no puede ser de otra manera en Maffesoli, el autor ubica los conceptos que conforman su base argumental, y que le sirven para dar sentido al mundo que le (nos) rodea, en entornos físicos, en acontecimientos sociales, y no en cadenas de conceptos que explican

otros conceptos. Es decir, se trata de una huida de la intelectualidad para dotarse de una empírica cotidianeidad poco común entre los académicos.

Maffesoli, en efecto, huye de las grandes propuestas teóricas y, sobre todo, de las metanarraciones, como buen expositor de las teorías (sí, en plural) de la sociedad posmoderna. Y, como para herir a alguien, vuelve a insistir y a traer a colación nada más y nada menos que a Lenin, Vladimir Ilitx Uliánov: «Fue Lenin quien definió el comunismo por la conjunción de la electricidad y los 'soviets'. Alterando un poco los términos de esta observación, diría que la posmodernidad es la relación entre el *candomblé* y la electrónica. Y esto no por una simple afición a proferir expresiones provocadoras, sino porque los protagonistas de estos cultos pueden ser buenos racionalistas y, al mismo tiempo, encarnizados defensores de estas prácticas no racionales». Expresa aquí Maffesoli, de nuevo, una de sus constantes en su obra: la contradicción entre racionalidad, forma dominante de pensamiento de la sociedad fordista, y la irracionalidad como expresión más genuina de la crítica a la razón dura. El material de que está hecha la posmodernidad proviene de los retazos de la modernidad, y conforma un collage dinámico y relativista, ya que «en el sentido fuerte y por lo demás etimológico del término, el *relativismo* es la relación entre culturas y maneras de ser diversas, y por eso mismo la relativización de cada una de estas culturas por medio de las otras».

Llegados a este punto, es necesario insistir en aquello que sirve para unir esta amalgama de sentimientos, sentidos y pasiones que, para Maffesoli, es la sociedad. Se trata de la *religancia*, un nuevo invento conceptual al que ya nos tiene acostumbrados. Hablando de los cultos afrobrasileños como ejemplo de mestizaje y relativismo, el autor aprovecha para explicarnos qué es religancia. «Son cultos paradójicos, en los que la gente humilde se codea con la clase media y la burguesía. En los que el ingeniero y el distinguido universitario se mezclan con la criada o con el parado permanente. El *terreiro*, lugar en el que se realizan estos cultos, es un mundo en miniatura. Es asimismo el sitio donde se viven las distintas formas de solidaridad y de generosidad características de la “religancia” posmoderna».

Este neologismo hace referencia a lo que liga, a modo de lo que supone la religión en una de sus hipotéticas acepciones etimológicas, como nos recuerda el traductor del texto de Maffesoli. O sea, que la sociedad es comunión con sus individuos; o, si prefieren la posmodernidad, deviene una especie de amalgama elástica que se nutre de *obiectus*, esto es, de todo lo que puede ser materia de conocimiento o sensibilidad de parte del sujeto, incluso él mismo. Las manifestaciones *objetuales* (perdonen la expresión) son lo que realmente cuenta en la búsqueda de nuestras iconologías, en la persecución de los ocultos sentimientos dionisiacos que acreditan, de tanto en tanto, nuestras pulsiones, también las sociales: «Ante todo,

se trata de vibrar en compañía. De entrar en comunión y, eventualmente, en trance. La religiosidad ambiente debe entenderse en uno de los sentidos etimológicos que se atribuyen a esa palabra: el deseo, el placer, de estar *religado* al otro. Ya sea este otro el grupo, la naturaleza o la divinidad. *Religancia* fundamental, que relega el individualismo a la categoría del pasado moderno».

Sea como fuere, Maffesoli, una vez más, arremete en su nueva obra contra lo aburrido del hermetismo sociológico a la hora de elegir sus objetos de estudio y de explicar lo social. Además, nos recuerda, como también es habitual en él, que esta parálisis de la sociología se vuelve doblemente fastidiosa cuando se pretende aleccionar a las masas (o a los universitarios, si prefieren) en futuros escenarios redentores del individuo y de la propia sociedad. Déjenme acabar con otra cita del autor que ejemplifica muy claramente esta reflexión: «Frente a la estupidez moralista, frente a la pretensión o al oportunismo teóricos, sólo queda una única respuesta: la de las sementeras profundas. Quiero decir, la que no se contenta con las mágicas cantinelas sobre lo que debería ser el mundo y quienes lo pueblan, sino que cavan hondo en el humus de la naturaleza humana. Lo que permite reconocer entonces a los afectos y las pasiones el lugar preferente que ocupan en cualquier vida en sociedad». El desgaste y la saturación de lo paradigmático en la evolución social hacen que Maffesoli adopte una posición, podríamos decir, de escepticismo mili-

tante que irrita mucho, creo yo, a la comunidad académica. Maffesoli pertenece a esa especie de individuos que transitan por el nomadismo cultural de las ideas participando, como pocos, de una libertad de creación que escasea en las ciencias sociales. Prueba de ello es la profusión de conceptos que nos ha dejado en toda su obra, sin complejos.

ÁNGEL BELZUNEGUI